

Los problemas de la prostitución

Alejandra Kollontai

1909

(Versión al castellano desde “[Les problèmes de la prostitution](#)”, en [Alexandra Kollontai - Les auteurs marxistes en langue française – MIA](#); también para las notas)

“El matrimonio representa una cara de la vida sexual del mundo burgués, y la prostitución la otra. El matrimonio es el anverso, la prostitución el reverso de la medalla. Si los hombres no hallan satisfacción en el matrimonio, se la buscan por regla general en la prostitución. Y el hombre que por cualquier causa renuncia al matrimonio, también su busca generalmente satisfacción en la prostitución. Para los hombres que voluntaria o forzosamente viven en celibato, así como para quienes el matrimonio no les ofrece lo que ellos esperaban, las condiciones para satisfacer el instinto sexual son, por tanto, muchísimo más favorables que para las mujeres.”¹

Despreciada por todos, perseguida por todos, pero secretamente fomentada, la prostitución, bajo sus flores suntuosas pero venenosas, sofoca todo lo que queda de las virtudes familiares. Cubriendo la sociedad con una especie de cieno podrido, envenena con su aliento asqueroso las alegrías puras de la unión amorosa de los sexos.

Hoy en día, la prostitución está alcanzando proporciones colosales, como nunca ha conocido la humanidad, incluso en los períodos de su mayor decadencia espiritual. ¿Qué pesan los *dichterions* griegos semireligiosos, estos lupanares romanos, esta alegre prostitución de “las jóvenes de los soldados” o de las chicas “serias” en los talleres de la Edad Media, este cínico libertinaje, abiertamente condenado, pero secretamente fomentado, de la época de la Reforma, qué pesan esos millares de frívolas modestillas ante la venta masiva del cuerpo femenino que se practica hoy en día? Como una infección contagiosa, la prostitución se propaga de un lugar a otro, de un país a otro, de una ciudad a otra, envenenando la atmósfera de la vida social contemporánea. Profesiones enteras, estratos enteros de la sociedad, están sujetos a su influencia perjudicial.

La hipócrita duplicidad con respecto a la prostitución es característica de la burguesía y pone de manifiesto el hecho de que, también en este asunto que parece concernir a toda la humanidad, tiene una posición de clase. En efecto, la prostitución, este apéndice obligatorio de la sociedad de clases contemporánea, este correctivo de la forma coercitiva anticuada de la familia actual, pesa mucho sobre las clases no poseedoras. Es aquí, en los oscuros y nauseabundos bajos fondos, donde crecen sus desastrosos gérmenes; es en el cuerpo del proletariado donde más a menudo clava sus venenosas garras y, aunque su asqueroso aliento pudre toda la atmósfera social, es un azote principalmente para la clase obrera. Por eso la burguesía no tiene prisa en hacer sonar la alarma: si el grueso del contingente de mujeres venales fuera proporcionado por la clase poseedora, hay que suponer que su actitud hacia esta cuestión sería muy diferente.

Los motivos de la actitud ambigua de los gobiernos de todos los países hacia la prostitución deben buscarse, precisamente, en esta perspectiva de clase, que también está

¹ August Bebel, *La mujer y el socialismo*, Akal Editor, Madrid, 1977, página 267.,

totalmente imbuida de esta cuestión social. Condenada por la religión, castigada por la sociedad e incluso por la ley, la prostitución no sólo es tolerada, sino también regulada por el estado. Declarada necesaria para la satisfacción de las necesidades sexuales naturales de los hombres, la prostitución, desde la formación de la sociedad de clases, se ha convertido, de una forma u otra, en un “pararrayos contra el libertinaje”, la garantía de los principios familiares y el guardián de la virtud de las mujeres burguesas “honestas”.

Los reyes disfrutaban de los servicios de las prostitutas, las admitían en la corte y nombraban funcionarios especiales para administrarlas, pero esto no les impedía humillar, perseguir y martirizar a las prostitutas en todos los sentidos, y a veces matar a cientos de ellas en un momento de éxtasis religioso o arrepentimiento hipócrita. La burguesía y la Iglesia, que también disfrutaban ampliamente de los servicios de la prostitución, y que la apoyaban en secreto, la castigaban y perseguían abiertamente. El pueblo, que la veía como una expresión descarada y terrible de su propia servidumbre, la odiaba con toda la fuerza de su alma impulsiva y trataba por todos los medios de destruir a las desafortunadas víctimas de esta “vergonzosa industria”, de “hacerles pasar por el aro” cubriéndolas con insultos, apedreándolas, torturándolas, matándolas, demoliendo las casas de la tolerancia. Pero por mucho que la gente luchara contra la venta del cuerpo de la mujer, la sociedad de clases, que había hecho inevitable la venta de la fuerza de trabajo, causaba constantemente nuevas víctimas de la “pasión pública”.

La sociedad contemporánea, al reemplazar la tortura y el asesinato periódico de prostitutas por el asesinato moral de prostitutas con la ayuda de estrictas leyes y regulaciones, apenas se ha alejado de la crueldad medieval. En la época del Consulado, el “tercer estado”, con su propio “racionalismo” y tendencia a proteger sus intereses con un arsenal legal, proclamó por primera vez el principio de la regulación pública de la prostitución. La vigilancia médico-policíaca se instituyó en Francia en 1800, y la “tarjeta amarilla” se emitió por primera vez en 1802.

La prostitución, que el estado hasta entonces sólo toleraba, se convirtió en un fenómeno reconocido por las autoridades y legalizado. Sin embargo, la hipocresía habitual no nos permite admitir abiertamente la quiebra de las viejas formas familiares y el inevitable crecimiento de la prostitución en el campo de las relaciones capitalistas. Toda la legislación rusa sobre la “industria vergonzosa” está impregnada de este espíritu hipócrita. Con el fin de salvaguardar la familia burguesa, vivero de los herederos del capital, se fomenta el comercio de los cuerpos femeninos, pero desde el punto de vista de la “moralidad oficial” se le condena severa y despiadadamente; y para preservar a sus ojos el prestigio de su “alta pureza moral”, la sociedad burguesa se apresura a acusar a las prostitutas de ultrajar su aparente virtud, y envenena por todos los medios la ya no tan divertida existencia de estas desafortunadas “sacerdotisas del vicio”.

Cuando en Moscú se habló de crear una comisión médico-policíaca, la primera propuesta fue imponer una contribución estatal a los burdeles. Pero esta idea se abandonó por indecorosa, “sobre todo porque la primera recaudación de cualquier tipo de impuesto sobre las mujeres públicas no sería conforme al espíritu de nuestras leyes, y podría dar la impresión de que el gobierno se permite comerciar con la obscenidad, que está severamente castigada por la ley”.

En Alemania, se puede encontrar la misma duplicidad: un propietario que alberga a una prostituta es perseguido por el código penal. Pero “por otra parte, la policía está obligada a tolerar que miles de mujeres trabajen como prostitutas y debe proteger sus actividades desde el momento en que se inscriban en el registro de prostitutas y cumplan las normas establecidas para ellas, como los exámenes médicos periódicos. Sin embargo, si el gobierno admite a las prostitutas y, por lo tanto, fomenta su industria, también debe admitir que están alojadas, e incluso (en interés del orden público y la salud) que hay

casas especiales donde pueden ejercer su oficio. ¡Qué contradicciones! Por un lado, el estado reconoce oficialmente que la prostitución es necesaria; por otro lado, condena a las prostitutas y al proxenetismo. Esta actitud del estado demuestra que, para la sociedad actual, la prostitución es una esfinge y que es incapaz de resolver su enigma”. ¡Sí, tal es la lógica de la sociedad burguesa actual! La prostitución, como fenómeno social, es el fruto natural de la sociedad de clases contemporánea, pero eso no es todo; los propios textos que regulan la prostitución están totalmente imbuidos de un punto de vista de clase. “Una diferenciación de clase de la prostitución [observa el profesor Elistratov] cuidadosamente respetada en la práctica, corre como un hilo rojo a través de toda una serie de reglamentos locales.”² Nuestra legislación permite el control forzoso y la detención en el hospital sólo para las chicas que “hacen la calle”, las chicas “sospechosas”, las putas “de baja estofa” (es decir, de bajo estatus social). Esto está estipulado en el artículo 158 de los decretos de 1890; el antiguo edicto del Senado de 1763 dice más o menos lo mismo: “... ordene, sin embargo, que para las mujeres condenadas por obscenidad, sólo se examinen y se deporten para su recuperación las de baja condición social o las vagabundas.” En este sentido, la orden del ministro del interior dirigida a los gobernadores de las provincias el 17 de octubre de 1844, y en base a la cual se sigue realizando hoy en día el control de la prostitución en las provincias de Rusia, adopta una posición aún más clara. “Huelga decir que sólo las personas susceptibles de ser procesadas por su modo o tipo de vida y otras referencias sociales, pueden ser objeto de las medidas que usted considere apropiadas en este caso”. El mismo principio se recoge en los reglamentos especiales de ciertas ciudades; y aunque hay excepciones, su carácter accidental y las indulgencias concedidas a las mujeres de las clases altas subrayan con particular claridad el carácter de clase de estas disposiciones.

El escándalo de esta regulación es que recae enteramente sobre las mujeres de las clases pobres; frente a las prostitutas ricas, tanto la policía como la regulación sólo se quitan amablemente el sombrero. “Se puede decir que, en todas partes, las prostitutas a las que se somete a vigilancia pertenecen a las clases más pobres. Los oficiales no son lo suficientemente hábiles (y a veces ni siquiera tienen la oportunidad) para desenmascarar a una prostituta de altos vuelos. Se necesita mucho tacto so pena de pagarlo caro. Además, las prostitutas de este tipo siempre encuentran defensores dispuestos a ayudarlas a salir de los problemas, o al menos a actuar como garantes de ellas. En todas las ciudades, predominan las prostitutas de clase baja. Cuanto más pobre es la vigilancia, menos prostitutas se encuentran en ambientes ricos y educados. La policía, para evitar el trabajo extra y las molestias, se limita a las pobres y a las que trabajan en la calle.” Puesto que la prostituta de “altos vuelos”, en la mayoría de los casos, pertenece por su origen a la clase burguesa, el ojo vigilante de la vigilancia médico-policíaca se desliza sobre ella sin verla, para atacar con redoblado celo a aquellas mujeres cuya posición social no inspira confianza al poder del momento. “En los barrios pobres donde viven las mujeres de la clase obrera, la desgracia y el vicio están tan estrechamente entrelazados que a primera vista es imposible distinguir uno del otro. Además, el sargento de la ciudad no tiene ni el tiempo ni la inclinación a pensar; decide el asunto rápidamente y... sin apelación: la mujer que ha arrestado en la calle, en el apartamento de la esquina o en el refugio nocturno es considerada una prostituta; se la trata como a una libertina, aunque, aparte del hecho de que no tiene hogar o no tiene trabajo, no hay indicios de que esté involucrada en el comercio de libertinaje.”³ Las actuales reglas de vigilancia policial suponen una peligrosa amenaza para todas las mujeres del proletariado, especialmente las que viven en los suburbios. Incluso sin mencionar los períodos de paro agudo, cuando las mujeres

² Profesor Elistratov, *El registro de mujeres como prostitutas*.

³ *Prostitución supervisada*, citado por Elistratov, obra citada.

permanecen naturalmente, “sin razones plausibles”, en la calle, el proletario corre el riesgo, en cualquier día festivo, de ser sometido a una vigilancia infame. La pérdida de los documentos de identidad o cualquier otro golpe de suerte redobla la gravedad de su situación y a menudo pone a la trabajadora ante esta alternativa: o acepta ser expulsada y devuelta bajo escolta a su región de origen, o se somete a vigilancia médico-policíaca (y en este caso, pero sólo en este caso, la comisión médica se encarga de hacerla obtener un nuevo pasaporte). Por supuesto, esta situación existe no sólo en Rusia, sino en todos los países burgueses. “No está sujeta a control [dice el Dr. Blachko] casi toda la prostitución elegante, las llamadas damas del *demi-monde*, que es una especie de *noli me tangere* para la policía. La masa bajo vigilancia está casi en todas partes compuesta por las escorias más desafortunadas y desheredadas. Dóciles y estúpidas, cada año y durante décadas, estas hijas del destino rinden su habitual visita a los centros de examen.”

La sociedad de clases de hoy en día ha encontrado incluso una manera de dividir la prostitución, despreciada por todos, en dos clases. La “calidad superior”, la de la prostituta acomodada, está monopolizada por la clase burguesa, le sirve, convive con ella en cierta intimidad y hasta cierto punto comparte sus privilegios. La “calidad inferior” (carne de la carne de la clase obrera o del campesinado pobre) bebe hasta la última gota de la copa de la servidumbre, la humillación y la pena.

Está claro que el problema de la abolición de la prostitución, el problema del saneamiento de las relaciones entre los sexos, es el problema de la clase proletaria, un problema ligado de la manera más cercana e indisoluble a las condiciones de trabajo y de producción. Si para otras clases y estratos de la población, la solución de las cuestiones del matrimonio, y como consecuencia de la prostitución, tiene sobre todo un interés psicológico y moral, para el proletariado es una de las cuestiones fundamentales de la vida, uno de los elementos determinantes del futuro. La lucha contra la prostitución y las formas monstruosas de la familia actual, es decir, la lucha contra las instituciones de clase del mundo burgués contemporáneo, deriva directamente de la lucha general del proletariado y es parte integrante de ella [...] No, si el movimiento abolicionista triunfara en nuestro país, si el ejército de prostitutas creciera más lentamente, las feministas serán las menos responsables que nadie de estos felices acontecimientos. Las mujeres no estarán en deuda con las amaneradas resoluciones de las feministas, sino con al partido de los trabajadores, que lucha por cambiar las relaciones económicas y sociales existentes. Se puede decir con certeza que los marcos que generan como necesidad la dependencia material de la prostitución se reducirán con cada nueva conquista de la clase obrera en el campo de las relaciones económicas y legales.



germinal_1917@yahoo.es